

LA ALTERNATI

FRANCISCO UMBRAL

LA primera inquietud me la sembró (hay gente que siembra inquietudes, como otros siembran lúpulo, si es que el lúpulo se siembra) el maestro Luis Berlanga, maestro, sí, en tantas cosas, y sobre todo en el arte de no ejercer magisterio. Habíamos cenado él y yo, con Angelito Harguindey, en la Casa Gallega (hoy desaparecida), carretera de La Coruña, y donde otras

veces he visto cenar a García-Carrés, a Rafael de Penagos y a muy surtido personal. Después de la cena, fuimos los tres a parar, con el coche de Luis, a un bar de Las Rozas a punto de cerrar, cuando los luceros gordos de la noche estival se iban borrando, como culos de vaso, del zinc del mostrador, a medida que el camarero pasaba el trapo. Y, hablando/hablando de mujeres, como siempre, Luis me reprochó, avalado por la autoridad joven y pasota de Harguindey:

-Nada de penetración, Paco, nada de penetración. La penetración es falocracia.

Sexualidad marginal

O sea que, según la autoridad erudita de Luis, a una mujer se le puede hacer todo menos el amor. Más adelante, como él leyera mi libro o erotomaquia «Los amores diurnos», que yo creía un desmadre, me dijo Luis, cenando en casa de Sisita Pastega/Deneuve Miláns del Boch:

-Tu libro no es ereccional.

Me quedé erecto en piedra pómez, salvo la parte ereccional propiamente dicha, que, como la roca de Góngora, ha tantos siglos que se viene abajo. Bueno, luego, estudiando más despacio el asunto, he llegado a la conclusión de que la pornografía es un arte realista y que para mí, por el contrario, la expresión natural de la sexualidad es el lirismo (surrealismo, proustianismo, etc.), o sea que nunca seré un buen pornógrafo. Por otra parte, mi discontinuo contacto con feministas, por un lado, y frígidas por otro (de ninguna manera quiero que se machihembren ambos términos, ni tampoco que se distancien antípodamente), me ha ratificado en la sentencia veraniega de Luis/Harguindey: la penetración es falocracia, falopolio, falopolia, falopolla. Angelito, lúcido y tan alto (no me molesta que me lleve la cabeza, sino que su cabeza sea mucho más hermosa que la mía), llega aún más lejos:

-La cópula no es sino un intercambio de babas.

Bueno. De babas y de reproches, diría yo. Luis, por su parte, parece que

Enero 1981



VA SEXUAL

(MANERAS DE HACERSELO)

ha descubierto, con la ayuda de Sade, la sonrisa vertical, Beatriz de Moura (adorable), la muñeca de la película y Bárbara Rey atada por López-Vázquez a la pata de la cama, el erotismo marginal, que no es sino el catálogo completo o carta de vinos o cordón blue de la masturbación.

Y aquí empiezan mis paseatas por el erotismo marginal.

El lugar del excremento

Amor, amor, amor... en el lugar del excremento.
(No recuerdo si de Keats o de Yeats)

César Santos Fontenla hablaba una vez de cine marginal, no refiriéndose al cine marginado, sino a esas imágenes en movimiento, casi siempre desenfocadas, que rodean en la pantalla a la imagen central, a esos bordes de celuloide por donde ocurren tantas cosas. Me gustó mucho la idea, porque yo —tan mal espectador de cine— siempre me había distraído con lo que hacían el personal y los particulares mientras Clark Gable y Ava Gardner se besaban en la boca.

Es lo que me pasa con la literatura, que me interesan más las ideas menores de los pensadores mayores (Kant, Hegel) y me interesan más las divagaciones arborescentes de Proust que la sucesiva víctima sexual del señor de Charlus. Luego, con el tiempo, literatura marginal y literatura marginada han venido a ser casi la misma cosa, en cuanto que lo marginal ha invadido lo sacral del relato, y entonces el público ha marginado esos libros. Con el cine me parece que ha pasado lo mismo, claro.

Pero la sexualidad marginal es algo que consume y practica mucho la misma basca que consume y practica arte marginal/marginado. O sea, que la penetración es una cosa matrimonial y hortera, tirando a sabatina, y sólo debe recurrirse a ella en último extremo o por hacer una gracia, cuando ya se ha demostrado pericia e imaginación para hacer otras cosas, todo eso que vagamente, sinuosamente, entre Marcuse y Susana Estrada, llamamos erotismo.

Maneras, sí, de hacerse

El acto de la posesión, en el que, por cierto, nada se posee.

Marcel Proust

Empezaremos por el final: uno de los últimos campos erógeno-magnéticos que hemos explorado es la oreja de la señorita (digo señorita por evitar «la oreja de la pareja», cacofonía que no conviene nada en la cama), pero no la oreja como objeto o fetiche sexual secularmente tratado con los labios, sino directamente con el glande, en un amago de penetración que suele placer o gratificar a la interesada, evitando a la pareja la aberración franquista de la penetración por su sitio.

Esta innovadora manera de hacerse funciona siempre que la interesada sea de respuesta erótica fácil y generalizada, porque si la interesada no vive el erotismo generalizado —difuso por todo el cuerpo, como el de los niños—, que dice Rilke—, ocurre que la situación peneauricular tiene algo de telefónica y a uno de los componentes de la pareja pueda darle la risa nerviosa, o bien a los dos.

Por otra parte, si él o ella, o ambos, tienen en su trabajo mucho trato con el teléfono (pongamos que la señorita es telefonista de una trilateral, situación muy frecuente entre las señoritas trilaterales de hoy), el amago de introducción auricular no dejará de remitirle a su diaria experiencia laboral, al exilio de la cotidianidad (del cual precisamente se quiere huir mediante las alternativas sexuales), con lo que a la frustración eyaculatoria habrá que añadir el círculo cerrado de la alienación.

De todos modos, y si la señorita es de respuesta sexual generalizada y cutánea, debe usted intentar lo de la oreja, desocupado lector, porque añade transgresión al erotismo, o erotismo a la transgresión. Recordemos que toda oreja sacrificial o sadicoanalizada remite ya a la oreja cortada de Van Gogh y a la glosa inmediata de Artaud:

—Lo que no comprendo es por qué no se ha cortado las dos.

Toda oreja cortada o desvirgada,



sangrante de sangre o semen, es ya un fetiche cultural de nuestro tiempo, entre Van Gogh y el surrealismo, un girasol o gigantea que puede alumbrar las tinieblas de una relación oscurantista y con la luz apagada (no por economía, sino por añadir misterio al misterio, tal como lo practican Otero Besteiro y otros erotómanos de abundante bibliografía al respecto).

Enmarcando a Marcuse

El cuerpo debe transformarse de instrumento de trabajo en instrumento de placer.
Herbert Marcuse

Yo leía a Marcuse en Marbella, primeros setenta, en la terraza del Salduba (que hoy es un banco, naturalmente, sin que Marcuse pudiera hacer nada para impedirlo, porque ya está muerto), y se me acercó una underground de pamea y porro, llevándome al interior del pueblo:

—Nosotros no bajamos nunca al mar, qué coñazo, aquí tenemos material y camas.

Se trataba de fumarlo todo, de pinchárselo todo y de dejarse transitar por los hombres y mujeres que poblaban aquel piso viejo, ex/familiar, pintado desesperada y alegremente de verde sobre sus ocrees burgueses de toda la vida. Una cenefa años veinte, de todos modos, tranquilizaba un poco la conciencia familiar del recién llegado. Miré la cenefa, lloré lágrimas verdes por el hogar que allí había habido, antes de la comuna, por la familia trasladada seguramente a una chabola vertical, y media hora más tarde estaba otra vez en la terraza del Salduba, ni roto ni manchado, como el rayo de sol atravesado por el cristal, o a la inversa, relejendo a Marcuse.

El cuerpo, sí, como herramienta de placer y no como herramienta de trabajo. Marx había querido darle la

LA ALTERNATIVA SEXUAL

vuelta a la moral manchesteriana de la explotación, pero quien venía a hacer que el cuerpo girase totalmente en la parrilla de la Historia, como San Lorenzo, era el filósofo fugaz, fulminante, yanquigermano, síntesis de Karl y Freud: el cuerpo humano, el cuerpo de la raza, de la especie, de la clase, ya ha sido muy tostado por el trabajo de siglos, desde las pirámides al tren de laminado. Dejemos ahora que se tueste por el otro costado: el costado que liga bronce, se nieva de nivea, el costado que se acuesta con cualquiera, el costado del placer.

Haciendo el amor o sus alternativas, se tiene conciencia inconsciente de estar ejecutando una gimnasia, una mímica y un ballet liberatorios; no sólo por el placer sexual obtenido, sino porque la única réplica corporal profunda a la gesticulación del trabajo es la gesticulación erótica.

Los pies

Por nite al fondo de la casa...

Pablo Neruda

La película *Lolita*, con James Mason y Sue Lyon, comienza muy bien. Luego es una mala película. Comienza con una escena en que Mason/Nabokov le está pintando las uñas de los pies a la niña. Me parece que eso no está en la novela, aunque Nabokov era capaz de imaginar tal sutileza erótica y muchas más, según puede comprobarse en un libro suyo muy superior y posterior, quizá su gran testamento literario y sexual: *Ada o el ardor*.

Los pies de la mujer, que dan mucho juego en la poesía de Tagore y de Neruda (no olvidemos al Neruda orientalizado de la primera *Residencia*), remiten en principio al erotismo de lo cotidiano, que, inevitablemente, es un erotismo soluble en la mera cotidianidad. Laura Antonelli, con sus grandes senos, sus combinaciones negras y sus medias enrolladas de criada nos devolvió hace años ese erotismo olvidado, y se lo devolvió, sobre todo, a Jean-Paul Belmondo, que, según los quioscos del corazón, es quien la disfruta. Pero, más allá de pintarle los pies a una adolescente, está el cortarles cuidadosamente las uñas, o el desnudarle uno de sus calcetines universitarios de lana (que ella ha conservado puestos «porque se le enfrían los pies haciendo el amor»).

Un profesional del rollo, por muy maniatado que le tenga la cópula, «trenzado en múltiples lazos», como dice Góngora, un profesional del rollo o un caballero español, aunque tenga todas las manos ocupadas en el tema, siempre debe tener una mano

más, una mano disponible para desnudar de pronto uno de esos pies frioleros, friolentos (la adolescencia es un catarro), y trenzar los dedos de su mano con los de ese pie joven, femenino, frío y no visto, como recién obtenido del fondo de esos mares donde habitan estatuas griegas o de anticuario (que ahora las meten unos meses en el agua, recién fabricadas, para que cojan pátina y algas).

La grata sorpresa, la mano masculina, con su calor, convertida en calcetín, el mínimo despojo impar de esa prenda final, todo contribuye a una idea de predación última e imprevisible, abusiva y protectora al mismo tiempo, que devuelve a la amante su condición de cierva vulnerada, condición que la mujer —cierva con calcetines— ha perdido desde que el ex ministro señor Solís, del anterior Régimen, dijo que «más deporte y menos latín», cargándose las humanidades y el estudio de los clásicos en general y de Juan de la Cruz y San Miguel Hernández en particular. O sea que los clásicos agradecen el gesto del calcetín, asisten complacidos al amor de los amantes, atestan la habitación/estudio y ella, la así descalza, experimenta una descarga en su psiquismo erótico que puede traducirse en lo que Masters/Johnson llaman «un orgasmo profundo», es decir, el que desciende de la cabeza a los pies o, cuando menos, al pie descalzo. Sólo queda, después de eso, la cotidianidad erotizada y nerudiana, el oír a la muchacha «orinar al fondo de la casa». Algo, ya, entre platónico, musical y fontanero.

Porque luego tiran de la cadena.

Yo, alternativa sexual

Todo parece indicar que la legislación vigente tiende a favorecer al macho en detrimento de la hembra.

Carmen Rigalt

Cuando la pareja busca desoladamente alternativas sexuales por los artículos de Carmen Rigalt, las proclamas de las feministas, los cafés de Malasaña y los libelos nazis de Valerie Solanas (que persigue a Andy Warhol por el mundo, con un descorchador en la mano, para descorcharle el corazón, y sin saber que él se esconde dentro de una lata cerrada de sopas Campbell), cuando todo esto ocurre en el fin de siglo, la pareja debe reflexionar sobre el hecho de que la alternativa sexual a sí misma es ella misma.

Y no me refiero con esto a ninguna clase de racionalización exhaustiva,

agotadora y trasnochatriz de las relaciones, de cama a cama, sino, sencillamente, a que yo me he descubierto como alternativa sexual de ella, la otra, quien sea. En este país, donde el hombre ha llevado siempre la iniciativa erótica, una iniciativa indiscutida, indiscutible, pero corta, caediza, por lo repentido y mal calculado del empuje, los hombres no encontramos con la ventaja —agotada ya en otras culturas— de que somos la alternativa a la mujer.

Me explico: si durante siglos la mujer ha sido el objeto erótico propiamente dicho, y como tal se ha sentido y la ha sentido y consentido el macho, ahora no hay más que instalarse en la actitud pasiva y dejarlas a ellas que actúen. Uno se tiende en la cama o en el suelo, medio vestido, medio desnudo, medio revolucionario, medio desencantado, medio radical, y en seguida cobra el prestigio erótico de un Panella. Lo que a la mujer la ha tenido confinada en la pasividad, durante tanto tiempo, ha sido la necia agresividad del macho, que ni siquiera es agresividad sexual, sino una inercia heredada de la caza y de la guerra. Por eso ellas prefieren adolescentes o carrozas, hombres que, por inexpertos o por cansados, se dejan hacer. Entre adolescente y carroza, «soy un fue y un será y un es cansado», un Quevedo en slip/ocean, y entonces ella, a poca confianza que tenga, comienza a actuar, y es cuando comprendemos con una sonrisa interior que tienen razón.

La mujer es mucho más demorada, sensible, sabia, experta, delicada y lujuriosa que el hombre, si se le deja trabajar. La mujer, como Medea, es una vasija llena de un saber que no es suyo: de un rico saber matrilineal y sexual. Soy Andy Warhol dentro de una lata de sopas Campbell, sólo que ella ha abierto la lata.

Con sus dientes de loba joven.

Sabor a mí

Tanta vida yo te di que en la boca llevarás sabor a mí...

(Bolero/60)

Yo y tú conservamos: tú la sopa caliente; yo el espíritu de la botella en frío.

Günter Grass

La fellatio es, como su nombre indica, un uso de pueblos muy romanizados. Carlos Barral sostiene que ni los negros ni los vascos ni Jorge Luis Borges han sido romanizados a fondo. Efectivamente, en los *Tristes trópicos* encuentro, así a voleo, pocas descripciones de fellatio. De los vascos no ha escrito nada, o casi, Lévi-Strauss. En cuanto a Jorge Luis Borges, por la

asepsia sexual de sus cuentos morales hay que suponer que ha disfrutado-padecido pocas tardes o noches de fellatio en la Gran Biblioteca de Alejandría, esquina Corrientes.

La fellatio tiene un pasado negativo: era el recurso y desahogo del guerrero para evitar incursiones en zonas más sureñas y quizá contaminadas de la meretriz. Pero la fellatio (humillación profiláctica de/contra la mujer) ha sido recuperada por la mujer como derecho, disfrute, posesión, dominación gustativa de los alimentos terrestres, de modo que hay adolescentes muy crecidas gracias a los nutrientes del semen y señoritas que se apañan muy bien con una dieta nada macrobiótica de semen y nesquik (alternativos). De una vieja humillación, la mujer de hoy ha hecho una nueva forma de posesión, una degustación economicista, por lo alimenticia, y fourierista (por el derroche infecundo de gérmenes). Si uno quiere ofrecerse como alternativa sexual de sí mismo a la señora/señorita de sus tardes/noches locas, mejor es que renuncie a toda agresividad y urgencia. Mejor es que aprenda a tenderse y esperar.

El hombre/fuente, el hombre-nutriente, el hombre/polo de vainilla, el hombre priápico/azteca se convierte en un fetiche para la adulta fetichista y en una degustación infantil para la niña que salta a la comba en el interior de toda mujer que no esté absolutamente desinfectada por una concejalía centroprogresista.

Porque el macho agresivo y gravitativo no exhibe sino un apéndice sexual de sí mismo, siempre proporcionalmente menguado, ridículo, mientras que el hombre yacente se convierte de inmediato en un dios, es Priapo y penene, pene y mitología. Su actitud de vencimiento le convierte en derribado arcángel e hipermercado erótico/gustativo. La mujer, así, ya no es el rehén de una sexualidad predatoria y urgente, sino la paseante de una mitología vaga, viva, practicable y fluyente. El semen, que en la vagina es devorado por la noche y la biología, invisible e inadvertido, en sus otras formas de consumo resulta visual, real, sustancial, eucarístico, y, desaprovechado para su peligrosa función fecundante, adquiere una connotación lujosa de derroche que deja a la hembra tranquila en cuanto a las consecuencias y halagada por el alarde. El guerrero se ha transformado en fuente, con lo que todo es magia. El hombre también es metafórico, transformable, participa de la condición femenina de la naturaleza y la mujer. Todo es aleatorio y el mundo ya no está ajustadamente dividido en macho y hembra, víctima y verdugo.

La penetración queda para otro sábado. ■ F. U.

Enero 1981

